

seria pedir á la humanidad una perfeccion imposible, al menos nada tenga de deshonroso ni de repugnante.

Pues bien: la pintura del carácter moral de los liberales trazada por el picel del Sr. Pacheco, es la mas odiosa y desagradable que pueda darse. Figúrese cualquiera una reunion de mulatos; tras de mulatos, bárbaros; tras de bárbaros, asesinos y ladrones; y como si todo esto no bastara todavía, los hace traidores con su misma patria. Cuando no la quieren vender á los americanos, la quieren fraccionar. Han hecho todavía mas: hán borrado el nombre tradicional de *México* para sustituirlo con el de *Estados- Unidos Mexicanos* ¡Oh vergüenza! ¡Oh profanacion! ¡Oh crimen de lesa magestad!

Deveras, que si en Europa se hubiese podido dar crédito á todo lo que el Sr. Pacheco dijo, deberian haberse juntado todos los gobiernos para aprestar el mayor número posible de piezas de artillería y armar nuestras ciudades, salvando solo como Noé en el arca, á unos cuantos hombres blancos, santos y sábios que el Sr. Pacheco hubiera podido escojer.

Ya hemos visto que si en el partido liberal hay gente que no sea como la que habita las montañas de Escocia, es debido á nuestro origen: hemos procurado demostrar tambien que el partido liberal, no solo no está escaso, sino que abunda en él los hombres de buen talento é instruccion. Veamos ahora á qué pueden reducirse las dos acusaciones que arriba indicamos.

En tiempo del gobierno vireinal, México se dividió en doce intendencias y tres capitanías generales de provincias, sumamente extensas y distantes de la capital.

Al hacerse la independencia en 1824, siguiendo la misma division política que existia, se erigieron diez y nueve porciones; de manera que no hubo sino cuatro mas de las que habia marcadas en tiempo del gobierno colonial, y esto debido á que, como hemos dicho, las capitanías y comandancias abarcaban distritos inmensos. A estas porciones que se les llamaba intendencias, se les llamó despues Estados, (de alguna manera se les habia de llamar) y como á estos Estados se les asignó en la Constitucion cierta independencia en la eleccion de sus gobernantes y administracion de sus rentas, pero la sujecion en materias generales al gobierno del centro, se les llamó *Estados- Unidos Mexicanos*.

La acta de independencia en que todo esto se consignó, la firmaron muchos de los que se llamaban títulos de Castilla, y

de los que despues figuraron en el partido conservador. Esta Constitucion realmente ha servido de tipo á otras que ha tenido la República, aumentándose solo el número de Estados, por haberlo así pedido algunas fracciones que ántes eran territorios.

Esta es la explicacion sencilla del gran crimen que el Sr. Pacheco atribuye al partido liberal. Este es el atentado que los liberales han cometido contra las tradiciones y contra su propia raza. ¿Pero qué diria el señor embajador, si le probáramos que el partido reaccionario es precisamente el que ha tenido la idea de subdividir la República hasta lo infinito? El Sr. Alaman tenia el plan de hacer setenta ú ochenta fracciones, y este plan se comenzó á poner en planta durante el gobierno de Zuloaga, dividiendo los Estados de México y Guanajuato en varias fracciones, todo con el objeto, porque esta era la idea del Sr. Alaman, de crear multitud de intereses locales que alejasen la vuelta del sistema federal, que realmente reconoce por base la antigua division territorial del tiempo de la dominacion española; y es tal la fuerza de la costumbre, que los Estados se vuelven á formar luego que terminan las dictaduras militares, sin esfuerzo y sin trabajo alguno. Jamás ha habido una sola disputa sobre los límites que conocen hasta las gentes del campo.

Si al adoptar una nueva forma política, imitamos la constitucion de los Estados- Unidos, esto fué preciso, y no pudo hacerse otra cosa. No se necesita ser hombre de Estado y de *gobierno* como el Sr. Pacheco, para conocerlo. Los hombres imitan lo que ven, lo que tienen cerca; las naciones hacen lo mismo: Carlos I de Inglaterra mató á Luis XVI de Francia. Nosotros hemos imitado en la mayor parte de nuestras cosas á los españoles que nos educaron: imitamos en las instituciones políticas á los norte-americanos, á quienes tenemos de vecinos: estamos imitando á los franceses, cuyas obras leemos. ¿Hemos, acaso, podido hacer otra cosa, y separarnos de esa ley universal? Lo singular es, que hubiésemos adquirido costumbres anglo-sajonas, instituciones rusas y literatura china, no procediendo de Inglaterra ni estando cerca de Rusia, ni teniendo comunicacion con la China. Si en lo que ha pasado hay algun mal, este es un mal necesario, un mal histórico.

Como se puede percibir, el cargo que acabamos de contestar es bien frívolo; el de traicion, que se atribuye al partido li-

beral, es ya de más gravedad, pero felizmente se pueden presentar pruebas en contrario.

Que las administraciones del partido liberal hayan querido cultivar las mejores relaciones con un país vecino, nada es más natural, ni más cuerdo, ni más puesto en razon; pero de esto, á querer vender la República á los americanos, hay una gran distancia.

Cuando comenzaron nuestras desavenencias con los Estados- Unidos, con motivo de las colonias de Texas, precisamente un exceso de exaltacion patriótica, que considerada en conjunto, nada tiene de vituperable, nos precipitó á la guerra. La administracion de esa época, de que formaban parte los Sres. Cuevas y Riva Palacio, tenia los mejores deseos de aprovechar la mediacion que ofreció la Inglaterra, para reconocer la independencia de Texas y fijar los límites en el rio de las Nueces; pero la opinion de una mayoría del partido liberal era contraria á esta política que hoy habria parecido cuerda y acertada, y México, con ningunos elementos, se lanzó á la guerra, muy justa, en verdad, contra una nacion llena de poder y de recursos.

Los Estados- Unidos, segun la memoria del ministro de la guerra, pusieron en el territorio mexicano mas de 90,000 hombres, sobre 3,000 carros, y 400 piezas de artillería, gastando una suma que excedió de cien millones de pesos. Al fin se hizo la paz, no sin que los Estados- Unidos dejasen de reconocer el buen derecho de México, y le diesen una fuerte suma de dinero por el territorio que pasó á su dominio. ¿Quiénes fueron los que con más encarnizamiento hicieron la guerra á los norte-americanos? Los liberales: ellos escribian, ellos peleaban, ellos recorrían de una á otra parte el territorio, sin recursos muchas veces, y perseguidos siempre, sin esperanza de la victoria; pero con el único fuerte y con esa constancia, ó más bien dicho, tenacidad, que hemos heredado de la raza española. Los generales Robles y Morales, con la guardia nacional, sostuvieron hasta el último extremo, la plaza de Veracruz, que bombardeó el general Scott. D. Angel Trias peleó en Chihuahua tantas veces cuantas se presentaron los enemigos. D. Antonio Canales hizo la guerra en Tamaulipas. Balderas y Leon, murieron en el Molino del Rey. Los batallones de guardia nacional, con Gorostiza, Revilla y Pedreguera, Peñúñuri y Martinez de Castro, sostuvieron los en-

cuentros más terribles en el Valle de México. Fuimos desgraciados en las batallas, pero no deshonrados.

El Molino del Rey y Churubusco, costaron á los norte-americanos más vidas, que si hubieran perdido estas batallas. ¿Y quiénes hacian todo esto? Los liberales, y sus personajes más notables espusieron su existencia y la de sus familias, como debian hacerlo, en defensa de su patria. Por último, al hacerse el tratado de paz, sujetarse á la aprobacion de la Camara en Querétaro, una parte del partido liberal se opuso tenazmente, y protestó, porque no queria darse por vencido, á pesar de estar agotados y aniquilados los pocos elementos de guerra que habia podido contar la República. Hubo algunas personas, muy pocas, no que traicionaran, sino que solo transigieron momentáneamente con los enemigos, quizá por hacer un bien á la capital, ó al ménos evitarle considerables males, poniéndose al frente de la municipalidad, y sirviendo de escudo entre el pueblo subyugado y el invasor victorioso. Una de esas personas, el Sr. Suarez Iriarte, á pesar de su talento no comun, de su excelente carácter personal, y de los muchos amigos que tenia, fué sujeto á un juicio, y condenado en el gran jurado de la Cámara de diputados. Pues bien, la mayoría de esta Cámara era liberal. El único escrito histórico de esta guerra, es obra del trabajo y del estudio de personas del partido liberal.

No quiere decir esto, que el partido contrario fuese traidor y afecto á los invasores. Esto seria de nuestra parte una horrible calumnia. La nacion toda, que tiene un espíritu de independencia muy marcado, opinó de la misma manera y se lanzó á la guerra con entusiasmo, y personas de todas opiniones, de todos los partidos, tomaron indistintamente las armas, y aun hicieron sus servicios como simples soldados. Los elementos de nuestros vecinos, particularmente en recursos pecuniarios, eran superiores, y nosotros no tuvimos un solo hombre, un solo peso, un solo auxilio extraño.

La doctrina Monroe es una gran doctrina. Es la separacion política del mundo antiguo y del mundo viejo; es la independencia de un gran continente, es la expresion de diversas necesidades, de diversos sistemas, es el escudo que habria de librar á las naciones nuevas y vírgenes, de las frecuentes complicaciones de las viejas monarquías, es, en una palabra, la emancipacion de toda tutela y de todo vasallaje.

¿Cree el Sr. Pacheco que el partido liberal no ha estado, no una, sino muchas veces, en posición de adoptar esa doctrina Monroe, de formar una alianza con los Estados-Unidos, por medio de la cual hubiese obtenido armas, dinero, marina, en fin, cuantos elementos hubiese necesitado para desplegar, no solo un aparato de fuerza, sino convertir á la nación en invasora de pueblos más débiles? ¿Pues por qué no la ha adoptado? Porque México, oprimido y sujeto hasta cierto grado á las imposibles exigencias de ministros extranjeros, que no han comprendido el espíritu *justo y pacífico* de su misión, como no lo comprendió el Sr. Pacheco, ha sufrido, antes que implorar auxilio y socorro de sus vecinos. Lo diremos con franqueza, porque la doctrina Monroe es buena si la América estuviese poblada por una misma raza, y conveniente á México si hubiese estado en una completa paz y en el mismo camino de prosperidad que los Estados Unidos del Norte; pero es de todo punto inadmisibles, entre razas de distinto origen y entre pueblos que deben perder moral ó físicamente cuando tienen por vecinos otros más fuertes, mejor constituidos y más emprendedores, porque en fin, el sentimiento de raza y de creencia que supone extinguido y muerto en el partido liberal, subsiste de una manera tan activa, que jamás ha podido permitir á México otro género de relaciones con la República vecina que las usuales con las potencias extranjeras; porque en fin, un sentimiento de patriotismo y un noble orgullo, ha hecho que este partido liberal, tan calumniado por el Sr. Pacheco, jamás haya solicitado auxilio extraño, prefiriendo hacer toda clase de sacrificios y exponerse á todo género de peligros antes que traer bajo ningún pretexto las armas extranjeras al Territorio de la República.

La doctrina Monroe, como muchos de los preceptos del derecho público, necesitan del apoyo de la fuerza y de la sanción de los hechos. La revolución en que se hallan los Estados Unidos, ha debilitado, ha nulificado por ahora esta doctrina, y hemos podido ver palpablemente sus peligros para los que no somos de una misma raza. El Norte y el Sur han visto impasibles el desembarco de las tropas europeas en nuestras costas. El presidente Lincoln ni aun se ha atrevido á hablar hoy en las cámaras de la doctrina Monroe. El espíritu de independencia es preferible á todo: el hombre no se equivoca nunca cuando cumple con sus deberes, y tiene el

derecho á que, aun en medio de la desgracia, lo respeten sus mismos enemigos. Pasemos á otra cosa.

De dos personas que han sostenido en las cortes españolas el debate sobre los asuntos de México, la una, que es el Sr. Pacheco, no ha dicho una sola palabra con verdad, con juicio y con imparcialidad, á pesar de haber estado en México y de haber visto las cosas más de cerca: la otra, que es el Sr. Calderon Collantes, que no ha salido del despacho de su secretaria, habla con más exactitud, con más conocimiento de causa, con mejores datos; y sobre todo, con una indulgencia que los mexicanos debemos agradecer profundamente, y esta indulgencia sería mayor, de seguro, si no hubiese, aunque sin sentirlo, recibido informes inexactos y desagradables impresiones de parte del mismo Sr. Pacheco y de otras personas, porque así como los hombres tenemos á veces enemigos implacables y encarnizados, así también las naciones tienen personas que las odian en masa, en conjunto, y no perdonan medio de hacer daño á una sociedad entera.

Al Sr. Calderon Collantes vamos, pues, á dedicar estos renglones, en los cuales referiremos con cuanto laconismo nos sea posible, la historia de esta última revolución, aun á costa de repetir algo de lo que forzosamente hemos dicho antes, para enlazar la narración de ciertos acontecimientos.

Los hombres comienzan las revoluciones: la Providencia solo sabe cuándo y cómo terminan. Ninguno de los dos partidos que figuraron, pensó que la lucha comenzada en 1857, terminaría de la manera que se desenlazó en la Navidad de 1860. Todavía hoy el partido vencido cree volverse á alzar con el poder, mientras el liberal se cree eterno é invencible en el gobierno. Así son los partidarios de todas partes del mundo. El gran beneficio que ha hecho á los hombres la Providencia, es que ignoren el porvenir: los acontecimientos irán viniendo en la forma que menos los esperamos.

Instalado en 1855 el gobierno que se llamó de Ayutla, que como hemos dicho vino legalmente al poder por la ausencia repentina del general Santa Anna, se encontró con cosa de sesenta ó setenta mil hombres armados. Una parte de esta fuerza hemos indicado también, que la dejó el general Santa Anna, otra era la que militaba á las órdenes del general en jefe

que adoptó el plan de Ayutla, y que lo era D. Ignacio Comonfort.

La política que adoptó esa administración, fué la más conciliadora que se pudo: á los ministros de la dictadura los sujetó á juicio ante la suprema Corte de justicia, concediéndoles un fuero puramente constitucional: otras personas de alguna importancia fueron consignadas á sus jueces, ó se contentó simplemente el ministerio con privarlas de las funciones oficiales. Fuera de esto, á la mayor parte de los empleados y de los militares, y á muchos de los jueces que reconocieron su autoridad, las dejó en sus empleos y no intentó perseguir ni encarcelar á nadie. Como el número de fuerza armada era mayor que el que se necesitaba y podía mantener el gobierno, tuvo necesidad de disolver muchos cuerpos de guardia nacional, y de poner en receso á muchos militares del ejército, de línea; pero invitando á otros, que creía honrados y dignos, al desempeño de cargos importantes: á esto se agrega que no dictó ninguna medida hostil contra el clero ni contra las antiguas corporaciones, limitándose á pedirles, así como á diversos particulares, algunos suplementos voluntarios de dinero para cubrir las urgencias del momento. Esta política fué eficaz: á los pocos meses se sublevó una brigada, después otra, después otra; finalmente, hasta las patrullas de la policía y la brigada ligera de artillería, desertaron de la capital y fueron á reunirse á Puebla, donde era el foco de la rebelión que, según pública voz y fama, sostenía el clero con sus recursos y con su influencia. El gobierno apeló entonces á sus guardias nacionales, de las que reunió un gran número, y con esto y las cortas fuerzas de línea que le habían quedado fieles, sitió la plaza, la atacó por diversos puntos, hasta que hizo que capitularan todos los que la defendían. Fué necesario establecer una intervención en los bienes de aquel clero, é imponer un castigo muy fuerte á los oficiales. Esto se criticó mucho, y creemos que con alguna justicia; pero en definitiva, esta política cruel, si se quiere, produjo los mismos resultados que la conciliadora de que hablamos al principio.

D. Miguel Lerdo de Tejada entró á desempeñar el ministerio de hacienda, y combinó la ley de 25 de Junio con un mecanismo tal, que produjera beneficios para todos: se consagraba el principio de la prosperidad del clero; se le dejaba en el goce de sus rentas, sin que fuesen de su cuenta ni aun las contribuciones; no se tocaba en

nada á los monasterios ni al culto; se hacían de la noche á la mañana más de diez mil propietarios en la República, y para coronar este plan, el gobierno, con solo el producto de las alcabalas por la venta de las fincas á los inquilinos, tenía cosa de tres ó cuatro millones de pesos. Era una reforma de transacción, un término medio para conciliar la paz de Estado con la paz de Iglesia. La autoridad civil solamente regulaba la manera de *poseer*, pero dejaba la *posesión*. El clero contestó de pronto con protestas y pocos días después con excomuniones. Nueva sublevación en Puebla, y de parte del gobierno nuevas fuerzas, nuevas batallas y nuevos triunfos. La guerra entre la autoridad civil y las autoridades de la Iglesia, estalló de una manera tremenda.

A los pocos meses nueva rebelión en San Luis. Unos oficiales se apoderaron de una conducta de platas, y con estos recursos y la tropa que mandaban, se alzaron contra la autoridad. Nuevos aprestos de parte del gobierno. Venció á los sublevados en la Magdalena, y pagó la conducta.

No le quedaban enemigos que vencer, ni rebeliones que sofocar. Casi no hubo uno de los jefes de nombradía que no cayera en su poder, incluso los más valientes, que eran Osollo y Miramón. A ninguno fusiló, con excepción de Orihuela, que en la segunda campaña de Puebla fué cogido prisionero y pasado por las armas por el general en jefe, antes que el gobierno hubiera podido impedirlo.

Quedaba en pie la guerra moral, en verdad, no con la Iglesia sino con el clero: ni una sola concesión, ni sombra de transacción con la autoridad civil, ni la más leve muestra de docilidad siquiera para dejar todo en tal estado, hasta que se resolviese algo por el Pontífice, á quien se le había enviado un plenipotenciario.

El gobierno que había vencido, que había podido disponer de la hacienda, de la libertad y aun de la vida de sus enemigos políticos, en vez de vengarse y de acabarlos de aniquilar para siempre, tuvo un momento de pensar en la reconciliación y en la paz, y se puso al frente del movimiento que se llamó *golpe de Estado*. Peor que antes: la tropa se rebeló, como hemos dicho: Comonfort y sus amigos quedaron proscritos por los dos bandos, y en vez de paz no hubo más que una guerra sin tregua ni cuartel.

Entonces el partido liberal desesperado, se lanzó á la arena, á jugar el todo por el todo como suele decirse: el gobierno cons-

titucional no abandonó ni un momento las riendas de la administración. Prófugo, perseguido, vagando de población en población, atravesando el istmo de Panamá, para fijarse en la plaza de Veracruz, en todas partes representaba el doble principio de la unidad y de la legalidad de su origen, que como hemos demostrado, era incuestionable. El Sr. Juárez, no como intruso, ni como general improvisado, como dice el Sr. Pacheco, ni como corifeo revolucionario, sino como representante del poder según la forma constitucional y tradicional, jamás rechazada ni aun por el partido conservador, tomó las riendas del gobierno que Comonfort y su ministerio triunfantes y fuertes, habían abandonado en un instante de inconcebible debilidad.

Pero la fortuna, que había acompañado á la administración liberal desde 1855, pareció volverle para siempre la espalda.

Apénas habían los militares, sublevados en Santo Domingo en Diciembre de 1857, desconocido á Comonfort, cuando se les reunieron Osollo y Miramon. Un día arrojaron desde la Ciudadela sobre la capital una lluvia de balas y de granadas, asaltaron en seguida y tomaron á viva fuerza los puntos fortificados de la Acordada y el Hospicio, y rompiendo así la línea que tenía establecida Comonfort, el desaliento se introdujo, y en la noche los guardias nacionales que defendían la Constitución, se retiraron á sus casas, y habiendo quedado el que pocos días ántes reunía el prestigio y el poder de la nación, reducido á la compañía de unos cuantos amigos, salió del palacio, no sin volver los ojos, como Boabdil, para ver las torres y los muretes de su perdida Granada.

El partido reaccionario triunfó completamente al parecer; nada turbaba su júbilo que expresaba con los repiques de más de doscientas campanas que había en las torres de las iglesias, y nada parecía estorbar su poder ni su prestigio, fundado en esa tradición histórica á que sin duda alude el Sr. Pacheco.

La ley de 25 de Junio no solo se derogó, sino que se anuló: los inquilinos que se habían visto forzados á ser propietarios, perdieron no solo la alcabala que con mil penas habían pagado al gobierno, sino las mejoras, las contribuciones pagadas, todo, porque las garantías y la religión mandaban que se tratara al público como si fuesen la basura y la escoria. Mas cristianos que el papa, como suele decirse, los hombres que vinieron á ocupar los ministerios

esos días, eran mas duros que el señor arzobispo, que cualesquiera que hayan sido sus opiniones y los deberes de su conciencia, siempre ha sido un modo de desprendimiento y de caridad.

El clero, que solo había podido con mil esfuerzos y sacrificios, prestar cuarenta y cinco mil pesos al gobierno de Ayutla, facilitó tres millones al nuevo gobierno, que no contaba mas que con la capital; el clero, que había negado ántes los Sacramentos y aun la sepultura á los soldados de la brigada Zuloaga, prometía el perdón y la vida eterna á esos mismos soldados de Zuloaga, desde el momento que faltaron al gobierno y á la Ordenanza, que es el catecismo, podría decir, la religión del buen soldado.

El triunfo y el regocijo de la capital fué turbado á los pocos días. Los gobernadores de Guanajuato, Zacatecas, Michoacan, Jalisco, San Luis y Aguascalientes, reunieron á sus guardias nacionales, y marchando á la cabeza de ellas, se reunieron en número de doce mil hombres, y se situaron en Celaya.

El gobierno de México, con la mayor actividad, y con el dinero de la Iglesia, reclutó tropas, formó regimientos, y salió al encuentro de los Estados que formaban la coalición. Se dió una gran batalla, en la cual fué deshecho todo ese aparato formidable. Osollo siguió triunfante hasta Guadalajara y el mar del Sur, y de los jefes federalistas, los unos se retiraron, otros capitularon, y otros volvieron á la capital, reducidos á la nulidad, á que quedan siempre condenados los que tienen la mala suerte en las batallas. La tormenta parecía conjurada para siempre, y el triunfo del partido reaccionario completo y decisivo. Precisamente en estos momentos y bajo la impresión de tales noticias, fué cuando la corte de España trató de reanudar sus relaciones interrumpidas con México, y pensó en nombrar al Sr. Pacheco ministro plenipotenciario; pero él se hizo embajador.

En el curso de unos cuantos meses, el aspecto de las cosas cambió; el Sr. Juárez, después de haber escapado en Guadalajara de ser fusilado, apareció en Veracruz, donde reorganizó el gobierno. Los Estados fronterizos, que al parecer habían permanecido indiferentes, se movieron, hicieron marchar sus fuerzas, ocuparon la plaza de San Luis, y presentaron en el punto de Ahualulco el tren más formidable que habíamos visto. Más de diez mil hombres, con muy buenas armas, artillería y material sobrado, víveres, dinero, todo en abun-

dancia. Teniendo idea de la distancia y de los limitados recursos de esos Estados, este aparato militar era fabuloso; en México no se podía creer esto. Nueva campaña de parte del gobierno de México. Miramon y Márquez marcharon sobre los fronterizos, forzaron la posición, y en momentos destruyeron todo ese inmenso armamento, que se desvaneció como el humo. En esta vez sí se creyó la guerra concluida, y el partido liberal vencido para siempre. En esta época, según puede calcularse, se daban las instrucciones en España al Sr. Pacheco.

Los gobernadores que formaron la coalición, y los jefes de los Estados fronterizos, desgraciados hasta por demas en la guerra, habían visto desaparecer en minutos los elementos reunidos durante meses á costa de la paciencia y del trabajo; pero este ejemplo, lejos de desanimar á otros, les sirvió de estímulo. Entonces D. Santos Degollado, que había quedado con el mando en jefe de las armas, entró en campaña. Tres veces reunió masas imponentes de más de doce mil hombres, y otras tantas fué derrotado. La ciudad de Guadalajara fué á su vez sitiada, cañoneada é incendiada, ya por las tropas reaccionarias, ya por las federales; San Luis, Guanajuato y Zacatecas, aunque con menos desastres, corrieron igual suerte; pero todo esto, lejos de apagar la hoguera, no hacía más que encenderla más y más. Osollo, que era el tipo de la honradez y de la buena política, había muerto, el ministerio había cambiado en México y también en Veracruz, los prisioneros eran fusilados por una y otra parte: el país, al menos en la mesa central, era recorrido por gavillas armadas, que tanto robaban é incendiaban en nombre de la religión, como en nombre de la libertad; pero en medio de todo esto, el partido constitucional, derrotado completamente en las batallas, perseguido en los campos, y encarcelado en las ciudades, parecía más fuerte que nunca, porque nunca son los hombres y las naciones más imponentes y más dignos, que cuando soportan con valor y constancia las ingratitudes de la fortuna. Cada derrota del partido liberal, era contada con una ley más dura contra el clero; cada batalla perdida no hacía más que fortificar el principio de legalidad del gobierno del Sr. Juárez.

El grito de un regimiento insubordinado, las representaciones de algunos pueblos, los clamores destemplados de algunos periodistas ignorantes y alborotadores de barrio, habían bastado ántes para derro-

car á un gobierno y reducir á la oscuridad á los más elevados personajes. En esta vez se veía una cosa que nunca había pasado en el país, á saber: un gobierno que llevaba por donde quiera el principio constitucional, y que, superior á los azares de la fortuna, oponía, cuando no la fuerza física, la incontrastable fuerza moral, que nada podía ni ha podido vencer. La tenacidad de Zuloaga en sostener la continuidad de su presidencia, no fué mas que un plagio, una ridícula imitación de la constancia del gobierno constitucional.

Fué en esta época cuando los tribunos se hicieron guerrilleros, los licenciados generales, los generales oradores, los oradores soldados. Aunque en pequeño, como en la república romana, los ciudadanos defendían de todas maneras sus opiniones, y eran á la vez generales, abogados y tribunos. La revolución, la plena guerra civil, formó á los hombres de uno y otro bando, y no se necesitaban leyes ni decretos del Congreso, para titular general al que reunía cuatro ó seis mil hombres, y se ponía al frente de ellos, exponiendo su pecho á las balas enemigas. El partido liberal quería ser, ó destruido y aniquilado, ó sacudir de una vez para todas, esa doble tutela del clero y del ejército, con quien había tenido ya una lucha de más de treinta años.

Por algun tiempo pareció el país medianamente tranquilo y muertas las esperanzas del partido liberal. Sus hombres más influyentes hablaban de ayuntamiento y de transacción; los militares reaccionarios, cansados ó sin esperanza de un completo triunfo, se inclinaban también á ella, pero al tiempo de entrar en pormenores, todas las negociaciones fracasaban, porque el gobierno de Veracruz, sin perderse como se había perdido la administración de Comonfort, no podía admitir otra base más que la de la Constitución de 1857. Su gran apoyo era la legalidad constitucional: perdida ésta, el Sr. Juárez habría sido arrojado del poder y proscrito, como lo fué el Sr. Comonfort, con todo y su admirable valor en la campaña, y sus distinguidos servicios al partido liberal.

Nuevos jefes salieron á la arena para reemplazar á los que habían sido poco afortunados en las anteriores batallas.

Coronado, que había ántes hecho un papel secundario como ayudante de D. Santiago Vidaurri gobernador de Nuevo Leon, había ya aparecido por la costa del Sur, mandando como general una brigada. Berriozábal, que se ocupaba de sus negocios privados en México, y que fué reducido á

prision, se escapó de ella y sublevó varias poblaciones del Estado de México; D. Jesus Gonzalez Ortega, que apenas era conocido en el Estado de Zacatecas, levantó una fuerza respetable y recorrió el país hasta cerca de Chihuahua: Aramberri, Blanco y Zaragoza, que se habían retirado despues del desastre de Aqualulco, desavenidos con su antiguo amigo Vidaurri, volvieron á empuñar las armas; el general Uraga, que había permanecido largo tiempo desterrado en los Estados Unidos, regresó á la República; por último, los Sres. Ogazon, gobernador de Jalisco, y Doblado, que volvió á mandar en Guanajuato, entraron otra vez á la escena. Todos estos elementos, que poco á poco se habían reunido, y que por algun tiempo parecieron de poca importancia, se duplicaron al fin, y los liberales, que habían perdido en un año más de 400 piezas de artillería y más de 50,000 hombres, abrieron de nuevo la campaña con tropas disciplinadas, con armas suficientes, con un material de guerra nuevo, como si nada se hubiese perdido. Esto no era por cierto un motín formado por unos cuantos mestizos y mulatos, estúpidos y bárbaros, sino una verdadera revolucion.

La suerte cambió. El general Uraga derrotó en Loma Alta á la más florida, á la mejor de las divisiones del gobierno reaccionario. El general Gonzalez Ortega desbarató completamente cerca de San Luis á otra division igualmente disciplinada, el general Castillo se vió sitiado en Guadalajara, Miramon derrotado en Silao; finalmente, catorce mil hombres victoriosos de los mismos que les habían vencido durante un año entero, avanzaban sobre la capital. Era precisamente la época en que el Sr. Pacheco reconoció á Miramon de la manera que lo hemos explicado nosotros, y mucho mejor tal vez el Sr. Calderon Collantes.

Vamos aquí á ser un poco más prolijos en una narracion en que se han abarcado más bien los grandes sucesos para presentarlos en un solo golpe de vista, que no en el orden riguroso de fechas.

Una noche del mes de Diciembre de 1860, se movieron con el mayor secreto algunas tropas de la capital. Miramon, con igual sigilo, salió por una garita, y en el camino logró combinar su plan de una manera tan completa, que al dia siguiente, por diversos puntos, cayó sobre la ciudad de Toluca, derrotó en las calles á las tropas que la guarnecian, é hizo prisioneros al gobernador D. Felipe Berriozábal, al Sr.

Degollado, que ya estaba separado del mando, y á D. Benito Gomez Farías, que como su amigo y su secretario lo acompañaba. Miramon pudo fusilar á estas tres personas, como lo deseaban algunos, pero no lo hizo, sino que los condujo á la capital y los dejó presos é incomunicados en unas piezas del palacio. A los tres dias, el ejército federal, mandado por el general Gonzalez Ortega, se acercó á la capital. Entónces se permitió por la autoridad eclesiástica que se sacara la plata de los templos, que se vendieran las mejores fincas, que se negociaran á ínfimo precio los más floridos capitales; entónces se vendieron por un pedazo de pan los bienes de los antiguos y venerables establecimientos de instruccion pública, fundados hacia tantos años; entónces, hombres déspotas y arrogantes, andaban de casa en casa cobrando las más excesivas contribuciones para pagarse con parte de ellas gracias y favores indebidamente concedidos, y entónces el dinero de los tenedores de bonos ingleses, que no quiso el Sr. Mathieu que saliese en una conducta pocos meses ántes, fué tomado á viva fuerza. ¿Y todo para que? ¿Con qué porvenir? ¿Con qué esperanza? ¿Con qué programa? Con ninguno. Si la batalla se ganaba, la revolucion continuaba, como había sucedido los tres años anteriores; y si se perdía, se perdian en un solo lance para el partido reaccionario, los esfuerzos, las batallas, la sangre de tres años. Los mismos conservadores de buena fé estaban atemorizados del estado que guardaban las cosas, y deseaban á todo riesgo un desenlace final.

Cosa de ocho mil hombres de excelentes tropas, con treinta piezas de artillería, salieron de la ciudad hasta cerca de la mitad del camino de la capital á Querétaro. La accion se trabó con igual denuedo por ambas partes; un momento pareció volver la fortuna á Miramon, pero al fin la buena estrella de Gonzalez Ortega predominó, y en un momento quedaron en poder de los liberales artillería, trenes, tropas y soldados.

Miramon se abrió paso por en medio de sus enemigos, y matando caballos llegó á la ciudad, donde ya era imposible organizar ninguna defensa. Era el momento en que moria moralmente el gobierno que había reconocido el embajador de España, y en consecuencia terminaba legalmente su mision.

Llegaba, pues, el momento supremo en que los vencidos, los oprimidos, los encarcelados, los vilipendiados de todas mane-

ras durante tres años, fueran los vencedores que venian á conquistar á la ciudad corrompida y maldita, como algunos le llamaban. Sangre, patibulos, asesinatos, robos, todo género de crímenes horrendos que aspira la venganza y la embriaguez de un triunfo completo y definitivo, todo esto esperaban los habitantes de la capital, y los unos abandonaban sus casas, los otros, no creyéndose seguros en ninguna parte, se disfrazaban, refugiándose en los lugares más recónditos; carros y cargadores con muebles que se trasladaban de una á otra parte, llenaban las calles, y si se penetraba al interior de algunas casas, se veían lágrimas de mujeres y lloros de niños. Eia, en efecto, un espectáculo imponente; parecia que algo de extraordinariamente terrible iba á pasar en la amplia y hermosa capital. La destruccion de Jerusalem, la ruina de Babilonia iban á servir de tipo á los soldados vencedores.

El Sr. Pacheco salió á pocas leguas de la capital á conferenciar con el general en jefe, el que concedió todo género de garantías para la ciudad, ninguna para los jefes de la reaccion, porque segun dijo, no tenia para ello facultades.

Degollado y Berriozábal, que pocos dias ántes estaban presos, y tal vez en peligro de perder la vida, quedaron en libertad y tomaron el mando. La retirada de Miramon quedó resuelta, pero nadie sabia ni la hora fija, ni el modo. A las once de la noche del 24 de Diciembre salió del palacio, montó en un coche, y salió despues de la ciudad. Antes se habían ya retirado con el batallon de Granaderos y algunos picquetes, Perez Gómez, Cobos, y algunos otros jefes.

El pueblo de México, que en su mayoría se compone de artesanos, pareció á las primeras horas de la noche alarmado y mal dispuesto, pero de las diez en adelante todos se fueron retirando á sus casas, y algunos grupos que quedaban en la plaza, fueron disueltos personalmente por el Sr. Degollado, quien los exhortaba á que se mantuviesen en orden y paz. El general Berriozábal, dispuso que se armaran los españoles, que se reunieron en San Bernardo, y los franceses, que se juntaron en la Profesa. Se distribuyeron patrullas en solo una parte de la ciudad, porque es bien extensa para que una corta fuerza pudiera cubrirla toda, y cosa de las tres de la mañana entró el coronel Aureliano Rivera en el mayor silencio y mejor orden. Ni un grito, ni una borrachera, ni un desorden, ni siquiera el conato de robo. Los españo-

les y los franceses armados, por decididos que fueran, podrian haber salvado, en caso de un conflicto, el punto donde estaban; ¿pero el resto de la ciudad? ¿Qué franceses, ni qué españoles estaban por S. Cosme y por San Pablo, y por las calles de Nuevo-México? Pero hemos ya dicho que al partido liberal nada le vale. Era necesario que este rasgo notable de buen sentido y honradez de la poblacion de México, y la decision y fatigas de Berriozábal y Degollado quedaran desconocidas, y fuese el señor embajador á decir á Europa que él salvó á la capital.

El señor embajador tendria las mejores intenciones, no lo dudamos, y los españoles prestaron un señalado servicio, pero esto no importa, que por ello solo se hubiese librado la capital de los graves riesgos que durante algunas horas la amenazaron.

Al dia siguiente entraron á la ciudad al mando del general Ortega cerca de veinticinco mil hombres, en el mejor orden. En la noche, algunos ladrones que, ó eran soldados, ó estaban disfrazados de tales, comenzaron á robar. El general Zaragoza llamó al preboste del ejército, le dió una escolta, y le ordenó colgase á todos los malhechores. El preboste en pocos momentos ahoreó cosa de cinco ladrones, y la seguridad se restableció de tal manera, que nunca se había visto México tan tranquilo.

Un suceso fatal y desagradable, pero único, ocurrió el dia de la entrada del ejército, y este suceso no es como lo refiere el Sr. Calderon Collantes, que sin duda recibió inexactos informes.

Unos oficiales de policía buscaron en una casa del callejon de López, á Lagarde, jefe que había sido de policía de Miramon. Por una fatalidad encontraron á D. Vicente Segura, que la noche anterior se había refugiado allí; Segura, que había escrito con fanatismo en favor de su partido, declaró su nombre, sacó una pistola, mató á uno de los oficiales, hulló por una azotea, y salió á la calle por una casa que da frente á la Alameda, á la sazón que por allí pasaban las tropas. Segura, decidido, ó mas bien desesperado, y con un valor sin igual, volvió á decir su nombre; y con otro tiro de su pistola hirió á otro oficial. Entónces, varios cayeron sobre él, y lo mataron á balazos y á puñaladas. Su cadáver fué recogido inmediatamente por su hermano político D. Angel Gonzalez y por D. Jesus Dueñas, y conducido á la iglesia de San Francisco.

Continuemos algunas líneas mas.